

ESCUELA MODERNA

SEMANARIO RACIONALISTA

M. Institut
Sec. General
Amsterdam

Redacción y Administración
PLAZA PUBLICERS, 1, ENT.º
Número suelto, 5 céntimos
25 ejemplares, 75 céntimos

LOS PRODUCTOS DE ESTE PERIÓDICO SE DEDICAN AL FOMENTO
DE LA ENSEÑANZA RACIONALISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Valencia. 0'75 ptas. trimestre
Provincias. 1 año
Extranjero. 7 año
PAGO ADELANTADO

LOS REBAÑOS

Max Stirner, uno de los hombres de más poderosa independencia y más bien definida personalidad de cuantos han engrandecido el siglo pasado ante la historia, desprecia las multitudes, no quiere confundirse con ellas.

Nosotros no participamos enteramente de las ideas contenidas en *el Único*; entendemos, al contrario, que la causa de un Hombre debe ser la de la Humanidad, y que si bien un individuo independiente pierde su personalidad confundándose con los esclavos, en cambio éstos pueden ganar en dignidad parte de la que quede en el rebaño importada por el hombre que fué libre. Es más, creemos que las *inmersiones* de hombres de carácter, cultos y honrados en las olas agitadas de la multitud, pueden producir a la larga la *emersión* de un pueblo noble, sabio y libre.

Pero aparte estas hipótesis que admitimos por nuestra parte como teorías positivas, estudiando separadamente las multitudes, nos hallamos con particularidades características, que es bueno conocer, para hacer más fructífera nuestra obra y más eficaz nuestro esfuerzo.

Cuando se habla de multitud se designa genéricamente a los sin nombre, sin popularidad, ó mejor, sin individualidad predominante. Admitiendo en este sentido la palabra, en ella nos confundimos muchos miles de seres y por cierto que nosotros nos hallamos en nuestro ambiente, tanto por el bien que podamos hacer para levantar la dignidad humana, como por la satisfacción que experimentamos viviendo en el montón anónimo, de acuerdo con nuestra conciencia.

Pero los astros en el espacio, por su magnitud unas veces, por la distancia que de nosotros los separa otras, ó por la naturaleza de su aglomeración y estado genésico y morfológico en muchos casos, se presentan subjetivamente brillando con extensidad distintas, y aun objetivamente nos hallamos con la misma diversidad. En las mismas concreciones calcáreas hemos tenido ocasión de distinguir la distinta tonalidad de los átomos y en nuestras excursiones de bohemia hemos bebido agua en fuentes cristalinas cuyo fondo poblado de laminillas bruñidas de cuarzo y mica, brillaban con todos los colores del iris, no obstante la homogeneidad de su naturaleza, deslumbrándonos y sugiriendo en nuestro cerebro miserables deseos de que aquello que tanto le parecía al oro no lo fuere en realidad.

Lo mismo, pues, sucede en el montón humano; en conjunto es una masa informe; específicamente aparece el hombre; cuando éste tiene carácter definido, cultura é ideas, adquiere un nombre, se separa del rebaño. Pero como la gradación es infinita, lo mismo que las ideas y tendencias, de ahí la imposibilidad de determinar con precisión en qué grado de mentalidad, de temperamento y educación aparece el individuo separado de la multitud. Es, pues, preciso determinar una cualidad genérica para distinguir al sujeto del objeto.

Tomemos por ejemplo los escritores. ¡Qué prolija diversidad no nos ofrece esta consubstanciación intelectual en los hombres!

Las grandes personalidades, aquellas que el curso del tiempo las engrandece y precisa en vez de difuminarlas, no son el objeto de nuestras miras. Representan el máximo de la cultura y por esta sola circunstancia nos está vedada su crítica. Hablemos, pues, de las que representan el término medio de la cultura y de las que no llegan a este punto.

No podemos agrupar a la infinidad de los hombres que escriben para el público, ni por su talento ni por su cultura científica; sería imposible una concienzuda clasificación. Pero alejándonos del terreno de las particularidades éticas de cada escritor y de las características de su temperamento y facultades, ya no nos es tan difícil agruparlos para estudiarlos en conjunto.

Hay por esos mundos miles de individuos capaces de traducir al papel sus pensamientos, y por debilidad, por especulación por defeciones atávicas ó psíquicas no son capaces de crearse un círculo propio para desenvolverse en él, no siendo toda su labor literaria otra cosa que sugerencias directas, cuando no mandatos ó vergonzosas imposiciones de su jefe, de su principal ó de su amo. En este sentido, aunque el concepto parezca grosero, no podemos menos que calificar de rebaños a las falanges que, en nuestro tiempo al menos, consumen su existencia y pervierten sus facultades en tan denigrantes ocupaciones.

Comprendemos que en literatura y en filosofía se siga al maestro, hasta cierto punto, por veneración, por influencia intelectual y estética ó por la sugestión conque encadena al espíritu del discípulo; pero que esto suceda en política, por ejemplo, no lo comprendemos sin deprimir el concepto de escritor, y menos aún, si del terreno que podemos llamar implícito pasamos al explícito, es decir, del de la teoría a la práctica, del mandato tácito a la imposición indigna.

Y como abundan los hombres que vegetan en tan bajo ambiente intelectual, no hay motivo para escandalizarse si los titulamos rebaño y sacamos en consecuencia que no tienen ningún título honroso para presentarse, ni ante la sociedad ni ante la historia, como superiores á las masas próximas, sino al contrario, muy por debajo de los hombres heroicos y honrados que, teniendo talento para brillar con luz propia, prefieren oscurecerse en la informe nebulosidad humana, para abrillantar en lo posible la gran masa «gris» que se titula pueblo.

Cuando oímos hablar de las eminencias del periodismo y del talento, del concejal A ó del diputado B andamos siempre prevenidos. Cuando se nos recomienda la lectura de este ó el otro trabajo, nos hallamos frecuentemente con pensamientos admirables que nutren nuestro cerebro, pero por desgracia es más frecuente todavía observar que el articulista arrima el *ascua á la sardina* de su jefe, de su superior jerárquico ó habla en el sentido «del nuevo rumbo que ha tomado la publicación», de las conveniencias políticas, de los supuestos intereses del partido ó de las excelencias del personaje afín, á quien conviene hacer popular.

Así conocemos miles de firmas que llamándose liberales cierran el espíritu á toda innovación; titulándose republicanos odian á todo lo que va más allá de sus ideas, ó mejor, de las ideas de su director, de sus nuevas orientaciones, de sus contubernios y pactos electorales. Y todo este rebaño de infelices llega á corromperse en su denigrante ejercicio, hasta el punto de servir igualmente á un republicano que á un monárquico ó á un clerical. Con frecuencia estimando sus últimas creencias como las mejores, hacer una evolución cangrejal que da lástima, y otras veces, polarizadas sus facultades, desde las más avanzadas trincheras de la democracia, hacen un fuego criminal á las reivindicaciones obreras, llegando en muchos casos, por bastardos egoísmos, hasta meterse en las filas del proletariado para confundirlo y convertirlo en escabel de feas ambiciones. Sujetos de condiciones morales análogas se hallan, no sólo en el periodismo, sino que también en el comercio triunfante, en la banca, en las grandes compañías industriales, en todas partes donde se necesitan iniciativas y talentos para hacer marchar las empresas. Para nosotros, pues, todos esos ingenieros, abogados y oficinistas son rebaño, rebaño vil y mercenario, bastante inferior en moralidad y valor social al rebaño de obreros y campesinos á quienes llamamos masa. Las masas son heroicas y grandes según el ideal que las anima, según el caudillo que las induce; en este sentido han hecho mucho bien. Pero las medianías á que aludimos fueron siempre rebaños al servicio particular de amos y señores, cuyos intereses estuvieron en pugna con los progresos generales del mundo que elevan y liberan.

Existen rebaños humanos, pero es preciso saber que los más grises y voluminosos no son los peores para el progreso y la emancipación humana; hay otros, los brillantes por su atavio y su dotes de cultura, que, ufanos y hasta orgullosos de su condición, constituyen un elemento negativo á todo avance de equidad y justicia.

D. NADIE.

PENSAMIENTOS

*¡Ah, la razón de la fuerza!
Cuando consideramos el estado de degradación en que las naciones van cayendo; cuando contemplamos el espectáculo de todas las miserias y dolores de la humanidad; cuando vemos como los rufianes políticos y los nigrománticos de la religión remachan implacables la cadena de la esclavitud, sentimos en todo su grandioso poder la sugestión de la fuerza que arrollará sin piedad en un próximo porvenir, instituciones, cosas y personas.*

RICARDO MELLA.

No nos cansaremos de repetir lo que es preciso que todo el mundo sepa; hay cosas que es preciso hacerlas entrar en la cabeza de los hombres á golpes redoblados.

VOLTAIRE.

Educad racionalmente á la infancia y habréis llegado á las puertas de la Sociedad futura.

Es en la educación racionalista en la que se encuentran los gérmenes del Amor, única ley que los hombres han de acatar en lo futuro.

JOSÉ TEIXEIRA JUNIOR.

EL DERECHO A LA VIDA

El derecho que todos los seres humanos tenemos á la conservación de la vida, es irrefragable; pero la tiranía despótica de los dominadores de la sociedad, ha creado un inmenso plexo de leyes y principios jurídicos tan irracionales, que determinan el inconcebible anacronismo de que el hombre no se pertenezca á sí mismo y de que esté perennemente expuesto á perder la existencia (*legalmente*, por supuesto), por la realización de actos más ó menos punibles y pecaminosos, pero que en ningún caso pueden justificar la perpetración judicial de tan inusitado procedimiento.

La ley persigue al homicida y castiga al asesino, y al propio tiempo enseña á la sociedad á ejecutar aquello que severamente prohíbe, levantando patibulos y consumando fusilamientos. La incongruencia de tal procedimiento es, desgraciadamente, bien palmaria.

El hombre nace, el hombre determina su existencia, y desde este solemne momento, viviendo en sí como *fin* y no como *medio*, tiene derecho indiscutible á la conservación de la vida; y este derecho es su derecho primordial, la esencia incubadora de todos los derechos, la potencialidad augusta de su soberana autonomía individual, porque en él se contienen todos los maravillosos elementos propios á desenvolverse y robustecer la libre evolución de su entidad social, jurídica y políticamente hablando.

El derecho á la vida es la fuente de donde emanan todos los derechos sociales que el hombre debe disfrutar sin trabas ni restricciones.

El derecho á la propia conservación y

á cuanto á su desarrollo es inherente, es tan indeclinable, tan perentorio, que el hombre, en medio de los despotismos, ilegalidades y miserias en cuyas confusiones morbosas nos debatimos, á fin de procurar la conservación de su existencia, *por cualquier medio*, no teniendo á su alcance los más aptos y regulares, echa mano de los irregulares y anormales, produciéndose, con tal motivo, en la sociedad la confusión y el desbarajuste más absolutos y disolventes que darse pueden, pues como la normalidad de la justicia social no está regulada, ni mucho menos, por la equidad del derecho natural, único derecho legítimo, no es, ciertamente, extraño que suceda cuanto de anormal acontece, ya que la razón ineludible en que se informa la conservación de la vida no espera, ni puede tener interrupción en sus benéficas informaciones, por más que así convenga á la insana codicia de una sociedad mezquina y cruel, que funda su prosperidad y su dicha en esa voraz antropofagia á que han dado en llamar *libre concurrencia*. Y como este complicadísimo problema es exclusivamente económico, á la sociología y no á la política toca su bienhechora solución.

El derecho á la libre emisión del pensamiento, el derecho de reunión, el sufragio universal y la libertad de conciencia, como la igualdad ante la ley, todos los derechos preconizados por la democracia política, todas las libertades sancionadas y promulgadas por el parlamentarismo constitucional, para los esclavos del trabajo, para los desgraciados hijos de la explotación sujetos á la dura ley del salario, no significan nada, no tienen absolutamente importancia alguna en el *realismo fatal de la existencia*, puesto que no pueden ejercerlas libérrimamente los desheredados que no cuentan con la independencia augusta que al hombre proporcionan los medios propios de vida. Quien de otro es dependiente, económicamente hablando, jamás podrá blasonar con evidencia de libre, ni aun en las funciones efectistas del derecho político. Esto es incuestionable.

Así, pues, los que deseen sinceramente la regeneración del mundo y aspiren con verdad á su engrandecimiento y liberación, renutriendo á los pueblos con la savia vigorizante de la *nueva vida*, deben proclamar, sin temores ni ambages, no ya la libertad política de las naciones, que sólo tiende, con sus lirismos engañosos, á producir el vil enervamiento de las masas esclavas, sino la absoluta emancipación económicamente de la Humanidad entera, pues no de otra suerte habrá de conseguirse en definitiva la regeneración de la sociedad, ya que esta medida racional, justa y radicalísima, supone algo así como el hierro purificador y reconstituyente que está llamado á vigorizar y tonificar las decadentes energías de los pueblos modernos que despiertan á los albores de la nueva vida con anhelos vehementísimos de libertad, preparándose á la épica conquista de su engrandecimiento y redención.

Trabajemos, porque el hombre se emancipe económicamente; pues sólo cuando cuente con elementos propios de existencia, cuando pueda alimentarse como es indispensable para disfrutar de una vida feliz y placentera, cuando habite moradas que reúnan condiciones higiénicas y atractivas, cuando pueda abrigarse confortablemente en invierno y vestir con decente decoro en todo tiempo, cuando en torno suyo se desarrolle y acumule todo el bienestar y todas las comodidades que fisiológicamente su ser exige, reclama su naturaleza y su organismo necesita para vivir con salud perfecta y sana

